

## **¿De qué racismo(s) somos contemporáneos en Argentina? La persistencia del racismo como desafío explicativo para la sociología**

El texto pertenece a Ezequiel Ipar y Diego Giller. Está incluido en *Methodos. Revista de Ciencias Sociales*, 2016, vol. 4, núm. 2, páginas 258-273. Universidad Rey Juan Carlos. Madrid. Fue adaptado.

Recuerde que la ortografía y la puntuación se evaluarán en todo el parcial.

Todo caso de plagio (copia parcial o total de un compañero o de otro texto) será sancionado con la pérdida de la cursada.

### **1. Introducción**

**1** Sartre (2004) sugería en sus reflexiones sobre el racismo que, de diferentes maneras, todos podemos ser racistas. Con esa idea apuntaba a la incesante capacidad que han mostrado los hombres para excluir y menospreciar a los otros (a algún Otro) cuando construyen su propia identidad. Si esta idea es verdadera, en cada mínima práctica o discurso identitario se genera la instancia en la que todos, sutilmente, podemos transformarnos potencialmente en racistas. El desafío teórico (y político) que Sartre quiere plantear es claro: en cada uno de los momentos en los que se decide y se pone en juego nuestra propia identidad opera un mecanismo de exclusión del otro que posee significativas afinidades con el racismo.

**2** Por supuesto, la frase “todos podemos ser racistas” es una exageración teórica; pero esa exageración teórica busca penetrar en las racionalizaciones y las negaciones del problema, para volvernos sensibles al alcance y la intensidad del racismo en las sociedades contemporáneas. Un modo de asumir ese desafío teórico y, al mismo tiempo, de traducirlo en términos concretos, sería aceptar la hipótesis de que vivimos en un mundo habitado por diferentes formas de la ideología racista que intervienen directa o indirectamente en la formación de las identidades sociales, políticas y culturales. Esta inscripción del racismo en los procesos de constitución de identidades nos obliga a preguntarnos por su particularidad espacial y temporal. ¿De qué racismo(s) somos contemporáneos, por ejemplo, en la Argentina actual? ¿Cuál es su especificidad y cuáles los dilemas a los que nos enfrenta? ¿Qué lo diferencia, por ejemplo, de las formas que asume la identidad nacional y el racismo en Bolivia o en Francia, por poner dos casos paradigmáticos y diferentes?

### **2. Perspectivas teóricas sobre el racismo**

**3** Por definición, el racismo es un fenómeno multidimensional. La complejidad del problema supone la existencia de diversos acercamientos: desde aquellos que se centran en la cuestión de su génesis histórica (Fernández Retamar, 2005; Grüner, 2010; Todorov, 2009) hasta los que analizan la estructura psicológica del sujeto racista (Arguedas, 1996; Freud, 2010; Le Bon, 1910), pasando por los enfoques que estudian

la función que cumple el racismo en la producción de determinadas estructuras sociales (Wallerstein, 1988). Junto a estas aproximaciones al problema existen otras que articulan las consideraciones históricas, psicológicas, sociológicas y éticas a partir de una lectura “filosófica y política”. Pensemos, por ejemplo, en los distintos trabajos de Etienne Balibar (1988a; 1988b; 1988c). En ellos, el problema del racismo es interpretado como uno de los nudos gordianos de eso que hace fracasar a la política democrática y en tanto tal estimula un análisis histórico, psicológico, sociológico y ético. Esta lectura del problema nos estimula a atravesar esa interpretación del racismo que lo piensa siempre como una cosa del pasado, como un problema político “superado”. Una interpretación del racismo como la de Balibar nos obliga a cuestionarnos la pretensión de poseer un conocimiento adecuado y definitivo de lo que significa y lo que puede hacer el racismo.

4 La otra dimensión del problema del racismo que debemos considerar es la “no-contemporaneidad” (Althusser, 1968) de los fenómenos a analizar cuando investigamos las causas del racismo. Aquí se destacan los diferentes ritmos de los disímiles procesos históricos en los que el racismo ha jugado un papel fundamental.

5 Bajo esta doble sugerencia metodológica, que nos obliga a articular materiales en apariencia dispersos y nos exige no simplificar esta problemática reduciéndola a una única temporalidad o a una única forma de racismo, podemos preguntarnos ahora: ¿de qué racismo(s) somos contemporáneos hoy en Argentina? Para formular una tentativa de respuesta debemos comenzar relacionando los diversos fenómenos observables de racismo en Argentina con las tramas históricas de las que dependen.

## 2.1. Sobre el racismo moderno

6 Al retomar el estudio de los diferentes modos que asume el racismo contemporáneo, aparecen algunas huellas del fenómeno que son rápidamente identificables con un momento histórico particular. En *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y esclavitud*, Eduardo Grüner (2010) sostiene que con la conquista de América se inaugura una nueva etapa en la historia de la humanidad. Con ella nace una nueva forma de racismo que es distinguible de otras manifestaciones precedentes de este problema: el racismo moderno.

7 En primer lugar, el racismo moderno se refiere a la interpenetración de dos tipos de actitudes: por un lado, “un tipo de comportamiento” basado en una actitud de odio, menosprecio y desdén sobre personas que tienen características físicas bien definidas y diferentes a las “nuestras”; por otro lado, “una doctrina sobre las razas humanas”, o aquello que Tzvetan Todorov (2009) llamó “racialismo”. Según el pensador búlgaro, el racialismo se puede presentar como una doctrina que posee un conjunto coherente de postulados: 1) la existencia de las “razas”; 2) una continuidad entre lo físico y lo moral, esto es, la idea de que las diferencias físicas determinan las diferencias morales; 3) el comportamiento de los individuos depende en gran medida del grupo racial al que pertenecen; 4) la creencia en una jerarquía única de valores, con razas

superiores e inferiores, y 5) la justificación del sometimiento de las razas inferiores por las superiores.

**8** En segundo lugar, el racismo moderno nace de la articulación entre esta concepción de las razas y las relaciones de clase capitalistas. Como sugirió Aníbal Quijano (2005), en la modernidad capitalista convergen dos procesos históricos: la idea de raza y la articulación de todas las formas históricas de control del trabajo (esclavitud, servidumbre, pequeña producción mercantil, etc.) alrededor del capital y del mercado mundial. Balibar (1988b) ya había planteado que la articulación entre raza y clase sólo fue posible a partir de una escisión violenta y conflictiva en las relaciones sociales creadas por el capitalismo.

**9** En una línea similar, Immanuel Wallerstein (1988) encontró en esa convergencia la especificidad del racismo moderno. Su argumento es que en el capitalismo ya no es posible expulsar de la comunidad a todo aquel que pueda ser considerado como radicalmente otro, como sí sucedía en los sistemas históricos previos, en los cuales se podía practicar la exclusión en nombre de una pretendida "pureza" étnica o nacional. La pérdida de la fuente generadora de valor, es decir la fuerza de trabajo en el capitalismo, entra en contradicción con las bases de un sistema que se funda en la incesante acumulación de capital.

**10** En la génesis del racismo propiamente moderno no encontramos un "racismo exclusivo" absoluto, en el sentido de la práctica del exterminio, la eliminación física o la expulsión de comunidades enteras "racializadas", sino de un "racismo inclusivo" que reasegura formas de subordinación y explotación de clase (Balibar, 1988c). De manera que clase y raza constituyen los dos polos de una dialéctica permanente que quedará asentada en el núcleo de las representaciones modernas que intentan legitimar la división social del trabajo. La compleja historia de estas representaciones terminará conformando un "racismo" de clase, cuyo propósito es marcar con signos genéricos diferenciadores a poblaciones destinadas colectivamente a cumplir un rol diferencial dentro de la división del trabajo que permite la reproducción capitalista.

**11** Por lo tanto, para describir el racismo moderno hay que explicar la compleja y ambigua conjunción histórica entre: 1) las "actitudes de odio", culturalmente institucionalizadas, hacia los grupos étnicamente diferentes; 2) la formación y legitimación en tanto "saberes científicos" de la doctrina de las razas; y 3) la subordinación histórica de todas las formas de división social del trabajo a partir de los requisitos sistémicos de la reproducción de la explotación capitalista.

## **2.2. Las marcas históricas del racismo en Argentina, Bolivia y Francia**

**12** Hasta aquí hemos reconstruido una definición general del racismo moderno. Para utilizar este concepto debemos trascender este nivel de abstracción, observando casos que podríamos llamar paradigmáticos. Si lo que nos interesa es interrogarnos por las formas del racismo en Argentina a comienzos del siglo XXI, debemos indagar la relación que existe entre: 1) la forma actual de construcción de las representaciones de la identidad nacional y las identidades sociales que se basan en disposiciones

subjetivas de odio y menosprecio hacia un otro racializado; 2) la forma en que se difundieron y se reinterpretaron los saberes sobre las razas; y 3) las determinaciones históricas de la incorporación de la Argentina a las relaciones de producción capitalistas que inciden en la configuración del racismo contemporáneo.

**13** Para materializar el análisis de esta articulación, nos resultará útil comparar la configuración de estas tres condiciones en otros dos países. Por diferentes razones que luego desarrollaremos, vamos a comparar el caso argentino con Bolivia y con Francia. Nuestra hipótesis sostiene que los casos de Bolivia y Francia, tomados como “tipos ideales”, pueden servir para mostrar algunas de las determinaciones contrapuestas que se articulan en el racismo argentino.

### **2.2.1. Argentina y las metáforas del desierto humano**

**14** La llamada “Campaña al Desierto” (o “Guerra contra el indio”) de 1879 puede ser considerada, simultáneamente, como el momento de fundación de una identidad nacional y como la consolidación definitiva de la incorporación del país al mercado mundial capitalista (Frigerio, 2006, 2009). Con aquel gran acontecimiento “civilizatorio”, promocionado por diferentes corrientes político-ideológicas de la época como lucha contra la ociosidad y la inutilidad en la explotación de las tierras fértiles del sur por parte de las tribus indígenas que las habitaban, se materializó el programa modernizador de Sarmiento y de Roca. Este programa, que les ofrecía garantías de paz social y seguridad jurídica a las nuevas empresas capitalistas destinadas a la producción agrícola y ganadera, se afianzó culturalmente gracias al mito que dibujaba a los argentinos como “blancos y europeos”. En términos económicos, aquel aciago ejercicio de exterminio de la otredad radical personificada en el sujeto indígena fue posible por la oleada inmigratoria que venía a posibilitar su sustitución como fuerza de trabajo potencial y la constitución de una “nación blanca”.

**15** La “comunidad imaginada” argentina lleva la marca indeleble de este racismo de exclusión. Pero con la incorporación a gran escala de la Argentina al mercado mundial a fines del siglo XIX y luego con la aparición política del peronismo en la década de los años 40, se produce un desplazamiento del sujeto racializado, actualizando esta problemática a través de un nuevo racismo: el “cabecita negra” como representante de esa “animalidad” que debe ser suprimida del buen orden político (Frigerio, 2006, 2009), pero que no puede ser excluido de la dinámica de reproducción de la fuerza de trabajo. Luego del exterminio de la gran mayoría de los indígenas “bárbaros”, el objeto del racismo pasó a ser el migrante que viene desde los límites de la pobreza. Con el tiempo, ese lugar lo ocuparon los migrantes de los países limítrofes y los habitantes de las provincias del norte pobre. Para la mirada racista, ambos cruzan las fronteras políticas para amenazar las fronteras culturales de la argentinidad blanca y europea imaginada por las clases dominantes.

## 2.2.2. Bolivia y la representación de la enfermedad en la nación

**16** A diferencia del caso argentino, las clases dominantes bolivianas no pudieron ejercer en ningún grado significativo un racismo de “exclusión” en el momento constitutivo de su identidad nacional. Allí, la oleada inmigratoria que iría a reemplazar al “elemento” indio nunca llegó en las proporciones esperadas. Según la intelectualidad hegemónica de principios de siglo XX, la condición derivada de la derrota en la Guerra del Pacífico (1879-1884) implicó el aislamiento y la imposibilidad de renovar el “elemento étnico” que iría a cambiar la composición social a través del mestizaje. Esto significó tener que convivir con ese “otro” radical personificado en el sujeto indígena, que era concebido como el problema que obturaba el desarrollo de la República (Arguedas, 1996). El resultado de esta representación de las diferencias culturales fue la fallida construcción de una identidad nacional, que finalmente se materializó “sobre” los hombros de los indios, “contra” los indios y “a pesar” de los indios. Fue desde un principio un racismo de “inclusión”, pero de un tipo de inclusión cultural, política y económica muy particular.

**17** Si en el caso argentino el problema del “otro” provenía de las fronteras imaginadas de la nación, en Bolivia fue una “enfermedad del pueblo”, un “mal” incrustado en el corazón del territorio. Una de las singularidades que presenta el racismo boliviano es que su objeto no es una minoría étnica, sino una mayoría cultural e histórica que fue considerada en un sentido racista desde el comienzo para legitimar una forma de dominación política y económica. Si pensamos en la historia reciente del país andino-amazónico, podemos corroborar la presencia de estas marcas particulares –culturales y políticas– del racismo en Bolivia (Giller, 2014). Luego de cinco años de luchas políticas, las elecciones presidenciales de 2005 se presentaron para el sujeto indígena como una oportunidad única de torcer su histórica negación como sujeto político. Como nunca antes, la sociedad se dividió en dos sectores con posibilidades hegemónicas: de un lado, los sectores empresariales y terratenientes, las oligarquías locales, ciertos estratos de la burguesía intermedia, y algunos sectores de la Iglesia, nucleados alrededor de la llamada “Media Luna” (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija), cuya representación política fue el Poder Democrático Social (PODEMOS); del otro, las fuerzas insurgentes, plebeyas y populares, reunidas en torno del Movimiento al Socialismo (MAS). Si bien el candidato del MAS, Evo Morales, ganó las elecciones con casi el 54% de los votos (y se transformó en el primer presidente indígena de la historia de Bolivia), la fuerza política PODEMOS, que expresaba a las históricas clases dominantes, productoras y reproductoras en términos ideológicos del darwinismo social (Zavaleta, 2013), logró atraer el apoyo político del 29% del electorado. Ese porcentaje crece si consideramos el 8% que consiguió el también derechista Frente de Unidad Nacional (UN) del empresario Samuel Doria Medina. Es decir, un 37% del electorado optó por opciones políticas que en esa coyuntura se vinculaban al discurso político e ideológico del racismo boliviano.

**18** Con el triunfo de Evo Morales, las manifestaciones racistas se exacerbaron. La Asamblea Constituyente (2006-2009) fue el momento de mayor explicitación de esta

problemática. Allí, el racismo actuó como elemento obturador del proceso democrático que pretendía redactar una nueva Constitución Política del Estado. La promulgación de la nueva Constitución en 2009 no hizo desaparecer este problema, pero al menos logró visibilizarlo e intentó –e intenta aún hoy– combatirlo. Prueba de ello es la Ley 045 “Contra el racismo y toda forma de discriminación”.

### **2.2.3. Francia y el cosmopolitismo colonial**

**19** En el caso francés el objeto de la “otredad” racista no está personificado en un sujeto exterior que cruza las fronteras (imaginarias), ni en un sujeto “interior” irremplazable y “enfermo”, sino que asume la forma del inmigrante que proviene de las antiguas colonias. El proceso irresuelto de descolonización supone que el objeto de la diferencia sea al mismo tiempo exterior e interior. Es exterior, porque proviene radicalmente del lado de afuera de las fronteras y de la cultura nacional cosmopolita. Pero es también interior, porque ese lado de afuera es ilusorio, en tanto está constituido por “sus propias” colonias. En tal sentido, la exteriorización de lo interior proyecta la presencia de las formas coloniales en tiempos de “descolonización”, mostrando como las exclusiones del pasado se transmiten a las del presente. El problema del racismo francés tiene la singularidad de que se basa menos en una herencia biológica que en una herencia cultural: es un “racismo sin razas” (Balibar, 1988b). Para pensar la actualidad del caso francés resulta ilustrativa la estrategia del Frente Nacional para politizar esta herencia y estas marcas del colonialismo, pues trata la cuestión migratoria en términos profundamente racializados.

**20** Luego de la crisis del proyecto colonial, la intervención política de esta “nueva derecha” fue muy eficaz al momento de prometer un restablecimiento de la comunidad perdida, en un contexto en el que la fragilización lenta del Estado de Bienestar iba produciendo nuevas formas de marginación y de inseguridad social. El “argumento racial” se anudaba así con el miedo a la “inmigración descontrolada”, perfilando una sólida identidad política que hace de la preservación de una imaginaria pureza racial la condición necesaria para atravesar la contingencia de una economía globalizada. Desde 1984, el apoyo electoral al Frente Nacional prácticamente nunca ha descendido del 10% del total. En las elecciones de 2014 para el Parlamento europeo, esta fuerza política de extrema derecha ha conseguido transformarse en el partido más votado en toda Francia, con el 26% de los votos totales.

### **2.2.4. Lineamientos conceptuales para pensar el racismo en Argentina**

**21** Los casos de Bolivia y Francia no aparecen en la realidad social argentina de modo arbitrario. Ambos se articulan en los pliegues de lo que podríamos llamar la “ideología racista argentina”. Para esta ideología, los argentinos somos “blancos”, “modernos” y “europeos”. Con los franceses pretendemos igualarnos en términos culturales, a través de un constante ejercicio de relación (ilusoriamente) especular. Así, al racializar a un sujeto “otro” –por ejemplo, al migrante boliviano– lo que se

pretende imaginariamente es expulsarlo del seno de la nación e integrarlo a la economía en una posición subordinada. Cuando el racismo argentino busca equipararse con el racismo “estilo francés” pretende algo imposible para la Argentina, pero que persevera como fantasía ideológica distintiva: integrar a los otros racializados a un proceso económico dominado por el Estado central, pero haciendo que esas poblaciones permanezcan fuera de las fronteras espaciales del país culturalmente legítimo. Este programa se reproduce deformado en las actitudes racistas de los argentinos en los dos sentidos que componen su acepción moderna: el sometimiento de las otras identidades étnicas al peor menosprecio cultural y su sobreexplotación como fuerza de trabajo.

### **3. Algunas hipótesis interpretativas del racismo contemporáneo en Argentina**

**22** Las investigaciones que intentan explicar las representaciones y disposiciones subjetivas de odio y menosprecio hacia un otro racializado enfrentan graves desafíos metodológicos. Uno de los principales problemas para estos relevamientos de los posicionamientos ideológicos es que se trata de posiciones subjetivas que pueden producir un rechazo moral generalizado o inclusive enfrentar sanciones legales, por lo cual los cuestionarios quedan afectados por lo que se conoce como “sesgo de la deseabilidad social” (Cea D’Ancona, 2009): el individuo no responde lo que realmente piensa sino lo que supone que es socialmente adecuado responder. La especialista sostiene que “la expresión común «Yo no soy racista, pero...» revela hasta qué punto está interiorizada la indeseabilidad social de cualquier manifestación de racismo o xenofobia, ya en el plano afectivo de los prejuicios, ya en el cognitivo de los estereotipos, o en el más conductual de las formas de discriminación. Todo ello traba que su medición se haga de manera precisa” (2009: 21).

**23** Junto con este problema, aparece también la dificultad para compilar fuentes estadísticas secundarias, ya que en la mayoría de los casos hay información sobre las víctimas de la discriminación racial, pero muy pocos estudios que pongan el foco en el otro extremo de esta relación: los discursos y las actitudes racistas.

**24** De algún modo, ambos problemas metodológicos están relacionados. Lo que se explicita en ambos es la dificultad para abordar directamente a través de encuestas o entrevistas un conjunto de creencias y disposiciones subjetivas que funcionan por lo general sumergidas o negadas. En este punto resultan interesantes las sugerencias de Cea D’Ancona. Ella propone una aproximación indirecta, que se acerque a esas creencias y disposiciones a través de fenómenos comprobablemente asociados a la disposición racista, como la xenofobia, la discriminación en la participación política, la voluntad de excluir a determinados grupos de los sistemas de protección social, etc.

**25** Para estudiar la actualidad del racismo en nuestro país seguimos un abordaje similar al que propone Cea D’Ancona. En esta oportunidad analizaremos material de nuestro relevamiento de campo realizado en el período 2013-2015, utilizando como fuente secundaria un valioso estudio del Instituto Nacional contra la discriminación, la xenofobia y el racismo (INADI). Para entender en términos cuantitativos el alcance y

la relevancia del problema del racismo en Argentina podemos confrontar los datos de nuestra encuesta realizada en la Ciudad de Buenos Aires (sobre “disposiciones” racistas) con el relevamiento nacional efectuado por el INADI también en el año 2013 y publicado en el 2015 (sobre “experiencias y percepciones” de la discriminación en sus diversas formas).

### **3.1. El racismo: los bordes internos de la política**

**26** En contraste con lo que sucede hoy en Bolivia y en Francia, en la Argentina no existe una politización abierta y eficaz del discurso explícitamente racista. Queremos decir que no hay partidos políticos que aspiren con éxito a reunir al menos a un cuarto del electorado a partir de llamados que no disimulan la estructura ideológica y el contenido racista de su propuesta política (como sucede abiertamente en Francia o Bolivia). Sin embargo, si el racismo explícito no recibe adhesiones electorales (al menos no todavía) o no aparece como una buena estrategia política, no podemos negar que existe una fuerte inscripción del racismo y del discurso racista que se expresa en una variada capilaridad de prácticas y violencias más o menos brutales en lo que podríamos llamar los “bordes de la política” argentina. Se trata, por ahora, de demarcaciones de víctimas de las fuerzas represivas del Estado, proyectos legislativos que buscan punir específicamente los “crímenes de los inmigrantes”, selecciones aparentemente casuales de la furia repentina de un público ocasional, indiferencias cotidianas institucionalizadas y jerarquías apenas secretas de las instituciones del Estado que siempre distribuyen de la misma manera el lugar de aquellos cuya identidad exige ser vigilada, evaluada y racializada, y aquellos que se convierten por ese medio en vigilantes y custodios de una identidad nacional imaginaria.

**27** Esta inscripción del racismo en los bordes de la política es cada vez más fuerte y se expresa en distintos acontecimientos o prácticas latentes de la mayoría de las orientaciones políticas. Podemos concretizar esto con un testimonio de nuestra investigación. El entrevistado describió su situación personal a partir de una extraña relación entre el mundo laboral, la política y los grupos étnicos:

*Nosotros somos argentinos, tenemos todo en regla, todo lo que alquilamos o tenemos aporta impuestos y no tenemos derecho a nada. Yo actualmente estoy desocupado y hasta un chino me niega un empleo. Como tengo un amigo chino, fui a hablar con él y le pregunté por qué los chinos no me toman a mí y me respondió “porque vos sos blanco y tenés todo para ser contratado en blanco”. Nosotros tomamos bolivianos, paraguayos, peruanos. Y esto no es discriminación, eh, pero seguramente de este modo tenemos una buena excusa para responder si nos vienen a preguntar por qué no tomamos a nuestros empleados en blanco. Entonces, yo no me siento ni siquiera en democracia, ni en paz, ni en libertad para poder salir a la puerta con dignidad.*

En este fragmento de un discurso que manifiesta una disposición racista latente, la identificación del “nosotros argentinos” se elabora en forma simultánea con la

exclusión de los otros, en este caso, “bolivianos, paraguayos y peruanos”. Se trata de una exclusión que es, al mismo tiempo, étnica y nacional. Motivado por el descontento con su situación laboral y con la precariedad económica en la que se encuentra, el enunciador utiliza como catalizador del odio social la precariedad de las identidades culturales de los grupos étnicos y nacionales considerados “ilegítimos”. Este discurso combina la ilegitimidad en la que son obligados a vivir con la ilegalidad de su modo de participar en la producción (el razonamiento que está detrás es muy simple: como “entre nosotros” su identidad cultural es ilegítima, aceptan trabajos ilegales). Así, racializa el conflicto social y encuentra una motivación política que es ambigua en cuanto al contenido y simplificadora de la complejidad social y las identidades.

**28** Pero lo curioso y específico de este discurso es el modo en el que traza, junto con la exclusión, un límite de la democracia que todavía no se identifica con ningún partido o posición política particular. El descontento político es con la democracia actual en su conjunto y en tanto tal. Se trata de un descontento político impreciso si se piensa en las identificaciones partidarias o político-ideológicas, pero que tiene un elemento nodal en la repulsión hacia aquellos que, porque aparecen frágiles en su identidad cultural, fragilizan la inscripción de los derechos y las formas políticas de los ciudadanos legítimos. Lo que vuelve intolerable la democracia actual, lo que no permite “salir a la calle con dignidad” a un argentino “como cualquier otro” es que existan otros lo suficientemente ilegítimos por su identidad étnica como para aceptar situaciones lo suficientemente ilegales que terminan perjudicando la posibilidad de una contratación libre y legal de los empleados. Este racismo latente construye esta trama en los bordes de la política. Delimita en términos raciales los límites de lo tolerable y lo intolerable en democracia, y además consigue orientar el descontento con el sistema político general hacia grupos culturales fragilizados dos veces: la primera, la que los vuelve ilegítimos “entre nosotros”; la segunda, la que los hace culpables de ser víctimas de ese sistema social.

### **3.2. La negación que afirma el racismo**

**29** Uno de los componentes esenciales de la vitalidad y la fuerza del racismo contemporáneo en Argentina son las formas específicas de su negación. Esta negación, como se ha encargado de demostrar el gran artista Diego Capusotto, aquí pasa sobre todo por el humor y el uso de una extraña geometría de proximidades y simpatías. Entre los muchos personajes creados por Capusotto se destaca Micky Vainilla, un cantante pop que juega con ciertas simbologías y gestualidades que lo dejan siempre muy cerca de los símbolos y los gestos del nazismo histórico. Esta proximidad, que él actúa de modo grotesco y evidente para los espectadores, es la que Micky Vainilla se encarga de negar discursivamente, produciendo de ese modo una extraordinaria reproducción de las formas típicas de negación del racismo que hay en la Argentina. En general, el efecto humorístico proviene de esa duplicación de la negación, así como de los estereotipos grotescos que postulan de modo paródico la congénita superioridad blanca, que iguala pobreza y mano de obra precarizada con

el color de piel de las personas. En la misma dirección, se puede recordar una famosa placa en la que un canal de noticias consignaba que habían muerto “dos personas y un boliviano”. No es exagerado afirmar que la mayoría rememora ese episodio de la comunicación de masas con simpatía. El razonamiento de este tipo de negación del racismo es muy simple: como podemos tomarnos nuestro propio racismo con humor, entonces no se trata de un racismo serio o de un racismo “en serio”, como sí lo sería el racismo de las doctrinas y de los hombres “irracionales”, que creen en las teorías de la superioridad racial.

### **3.3. El racismo y la distinción social**

**30** Otro rasgo característico de nuestro racismo actual lo encontramos en lo que llamaremos “racismo de la distinción”, que se enlaza con la situación que describimos en el ítem anterior. Esta determinación del racismo se conecta con la experiencia de una cierta desgracia de la conciencia, que se sabe sumergida en la mezcla y la hibridación de los seres y las culturas, pero incluso así exige el blasón de su diferencia. A esto nos referíamos cuando situábamos el racismo contemporáneo en Argentina como una articulación de algunas determinaciones del racismo de Bolivia y Francia.

**31** En este “racismo de la distinción” se pretende “ser como los otros”, que son vistos como el prototipo del poder. Pero esta pretensión, que implica una profunda contradicción, es al mismo tiempo desmentida y desjerarquizada en la práctica pues copiar al “otro poderoso” está siempre condenado al fracaso. Sin embargo, el resultado no es por eso menos violento. Incluso el resentimiento que surge al querer diferenciarnos de nuestros “otros” sin poder realizarlo, como lo haría el “racismo verdadero”, suele retroalimentar, en vez de debilitar, la fuerza de la ideología racista. Este tipo de dinámica cultural conduce, entonces, hacia una “autorracialización” de las clases populares, la cual tiene por efecto una cierta tendencia a la organización de aquellas en tanto “cuerpo” cerrado con el fin de reservar posiciones conquistadas (Balibar, 1988c). Este proceso, en la mayoría de los casos, depende de la interiorización de la ideología racista por parte de los dominados.

### **3.4. El racismo y la construcción de la autonomía individual**

**32** Finalmente, quisiéramos delimitar otro rasgo de nuestro racismo contemporáneo, que se asocia a los modos en los que se construye socialmente la autonomía del individuo. En este caso, el racismo opera como matriz de justificación de las nuevas estrategias de implementación de políticas económicas neoliberales. El argumento es muy conocido: “como las prácticas redistributivas terminan beneficiando a los extranjeros, como nuestros servicios públicos los usan prioritariamente los que vienen «de afuera», para nosotros, los de «adentro», no existe nada más racional que el ahorro de esos recursos y la eliminación de ese gasto que debe depender siempre del principio que establece que «no hay suficiente para todos»”. En este sentido se puede apreciar la fuerte articulación que existe entre racismo y clasismo. En nuestra

investigación, el 46,5% de los entrevistados que tenían posiciones de un racismo intenso eran al mismo tiempo muy clasistas –en el sentido de que tienen una disposición muy negativa hacia las clases subalternas y los pobres–. En el otro extremo de esta relación, el 59,8% de los que caracterizados como antirracistas eran al mismo tiempo anticlasistas.

**33** Revisemos otro testimonio de nuestra investigación. A partir de un disparador que incitaba a discutir un enunciado ficticio en el que alguien afirmaba que “para evitar el crecimiento de las villas miseria, el Estado debería impedir por la fuerza que se produzcan nuevos asentamientos”, se dio este debate:<sup>1</sup>

*A: Está bien, es más o menos lo que hizo [Mauricio] Macri en la zona del Indoamericano. Después de que están asentados ya no los podés sacar y esos asentamientos son los que generan pobreza, porque estimula que venga gente de afuera que se asienta en un lugar donde después no pueden vivir.*

*B: Me parece que la manera de erradicar una villa es que la gente tenga la obligación de estudiar, que laburen. Hay que cambiarles la cultura para que no quieran ir a vivir a una villa. Yo no quiero vivir en una villa. Yo no nací ahí y sé que no me gustaría vivir ahí. Sé que tuve que estudiar, que tuve que trabajar, pero también me obligaron a estudiar y a trabajar. Eso es lo que hay que cambiar.*

*C: Pero el problema es que ya está muy arraigada esa cultura. Hay gente que ya nace así y cambiarles la forma de pensar y demás es muy difícil.*

*D: Es que ya nacen con la mentalidad de que el gobierno los tiene que mantener, que tienen que cobrar los planes, que el gobierno los tiene que asistir. Nosotros nos criamos con otra mentalidad.*

Esta discusión presenta varios elementos para el análisis. En primer lugar, aparece una idea muy compleja y eficaz según la cual son los propios pobres “los que generan pobreza”. Compleja, porque la ideología les atribuye la culpa de la pobreza a los sujetos fragilizados socialmente. Eficaz, porque esta ideología clasista logra desviar la atención de la responsabilidad que tiene en la generación de pobreza el diseño de la economía actual y un injusto sistema de redistribución de la riqueza. En segundo lugar, este tipo de construcción por adversarios de la autonomía individual (“nosotros tenemos la mentalidad de la autonomía, los otros la mentalidad de la dependencia”) introduce un elemento cuasi-biologicista: se *nace* “villero”, “vago” y “sin educación”. Por eso, y este es el tercer elemento, la educación es concebida como obligación y no como derecho, porque el derecho solo no alcanza para torcer la naturaleza de la “cultura de la pobreza”. Pero también, y en evidente contradicción con lo anterior, se postula que ni siquiera la obligación de estudiar y trabajar salvará a esta “raza de pobres”, porque ellos “nacen con la mentalidad” de que el gobierno los tiene que mantener. Paradójicamente, los “dependientes” de las políticas sociales del Estado aparecen como un conjunto de sujetos que, aprovechándose de las prerrogativas que

---

<sup>1</sup> Este fragmento está extraído de un grupo de discusión que armamos entre alumnos, que tenían entre 17 y 18 años, de una escuela del Conurbano.

aquel le otorga, pretenden seguir viviendo en la pobreza. Es finalmente, un problema de mentalidades que enfrenta a dos clases: los dependientes y los independientes.

#### **4. Conclusiones**

**34** A modo de conclusión, quisiéramos señalar dos cuestiones generales sobre el racismo actual en la Argentina. La primera es que sigue resultando fundamental poner el foco en las formas dominantes de la división del trabajo, los procesos hegemónicos de constitución de las identidades nacionales y las actualizaciones de las formas culturales sedimentadas de menosprecio y odio racial. Estas actualizaciones de las actitudes de menosprecio y odio hacia un otro racializado las hemos encontrado “en los bordes de la política argentina”, siguiendo tres lógicas culturales diferentes, que están vinculadas entre sí. Por un lado, vimos cómo el racismo que se practica en el mundo de la vida social, en el sistema económico y en los rituales del aparato administrativo del Estado, aparece “denegado en las representaciones” culturales en las que se forma la auto-comprensión de la sociedad a través de distintas estrategias, entre las que sobresale el recurso al distanciamiento irónico y el humor cínico frente a esta problemática. Por otro lado, el racismo como ideología contemporánea se ha expandido como “estrategia de distinción” social asociado a un contexto laboral que exagera la lucha por abajo entre las clases medias, los trabajadores y entre quienes ocupan posiciones más frágiles en términos de su capacidad para integrarse al sistema económico actual. Por último, constatamos en este contexto de luchas, articulaciones y desarticulaciones de solidaridades de clase, la emergencia de un clasismo que es utilizado como “símbolo de independencia” personal.

**35** Estos tres trazos culturales se combinan y potencian entre sí gracias a la lógica de la competencia que ha logrado inscribir en múltiples campos sociales (no sólo en la economía) la globalización neoliberal. Cuando los mercados completamente desregulados a nivel global inducen en el sistema económico de cada país posiciones laborales que no les proveen a los trabajadores instancias de reconocimiento para su desempeño personal y de seguridad económica, se crean las condiciones objetivas para que surjan o se potencien formas de diferenciación social como las que promueve el racismo que hemos analizado. Todas estas formas tienen en común un imperativo subyacente: “No hay suficiente (reconocimiento, tiempo, bienes materiales, oportunidades) para todos”. En ese contexto, no es extraño que el racismo pueda transformarse en una estrategia subjetiva de distinción social y en un modo de simbolizar la independencia y la valorización personal, que esos mercados inducen en términos abstractos en la población.

**36** En términos ideológicos, esa distinción y esa independencia racializada les proveen a los individuos nuevos recursos (imaginarios o reales) para la competencia en el espacio social, así como principios de identificación que pretenden suplir la falta de garantías de las identidades sociales fragilizadas por el sistema. Los casos más claros en los que han aparecido directamente los discursos racistas remiten a situaciones de competencia en el mercado de trabajo, a ciertas desprotecciones por

parte de las agencias del Estado social y al asedio que sufren en sus identidades políticas y culturales quienes imaginan (o saben) que pueden perder posiciones en el campo económico en un contexto de crisis.

**37** Lo anterior no supone reducir el racismo contemporáneo a la lógica de los conflictos meramente económicos. Basta con observar que existe un porcentaje significativo de individuos racistas que no muestran actitudes clasistas, así como hay muchos individuos clasistas que no son racistas. Sin embargo, la correlación entre ambas dimensiones ideológicas es fuerte y muy significativa. En esta trama ideológica, lo que vuelve a potenciar la circulación del racismo entre nosotros es su afinidad con las lógicas hipercompetitivas que fragilizan las identidades sociales basadas en los principios de igualdad y respeto mutuo a la libertad del otro.

**38** La segunda cuestión general que quisiéramos plantear tiene la forma de una pregunta y de un dilema: ¿qué puede suceder con las representaciones, los discursos y las prácticas neo-racistas cuando tienen que enfrentar representaciones, discursos y prácticas políticas que intentan promover formas de integración social que entran en conflicto con la legitimación del principio neoliberal de la competencia absoluta? El objetivo de este trabajo fue justamente intentar desplegar las formas que asume este interrogante en una actualidad compleja. Nos referimos particularmente a los procesos políticos, económicos, sociales y culturales que emergieron en nuestra región en los albores del siglo XXI como crítica y respuesta a la crisis de una serie de gobiernos neoliberales. La pregunta concreta es la siguiente: ¿qué sucede con las prácticas racistas en un contexto en el que el Estado se propone cumplir una función de protección de los individuos más vulnerables y desarrollar un papel redistributivo en términos de acceso a los bienes, el trabajo, la educación y la salud?